



L. Cuesta
PARIS

LA MUJER.—¡Muy bonito! Anoche me dijiste que venías del casino, y ahora me dices que estuviste en el Metropolitano. ¿Por qué has mentido? Ayuntamiento de Madrid
EL MARIDO.—Porque anoche no podía decir Metropolitano.

Dib. CUESTA.—París.

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de mayo

PRIMERA SERIE DE SOLUCIONES

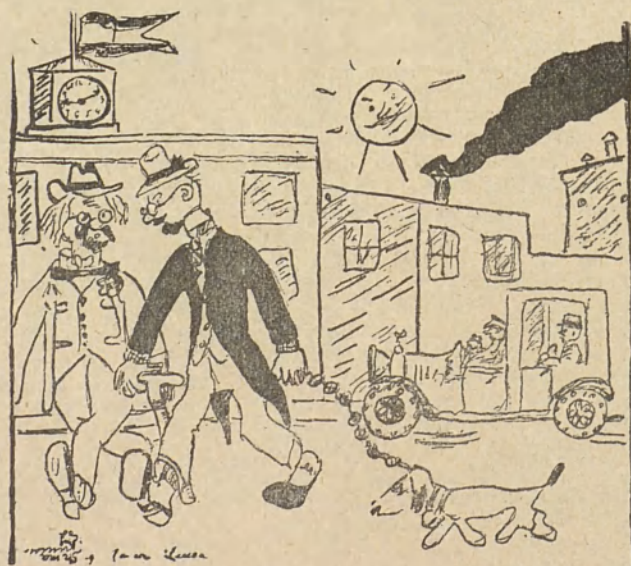
Manuel Jaén.—San Sebastián.
 Arturo García Beléndez.—Huelva.
 A. M. Cánovas.—Melilla.
 Federico García de Prunedes.—Guadalajara.
 Damián Suárez Contreras.—Alicante.
 A. Pajares.—Larache.
 Felipe Barranco.—Tetuán.
 Gustavo Brouta.—Segovia.
 Pedro Antonio Cuyas.—Madrid.
 Ovidia Corrochano.—Talavera.
 M. Belmonte.—Albacete.
 Alvaro González.—Albacete.
 E. Pardo.—Albacete.
 Agustín del Campo Cayol.—Valencia.
 L. Sevilla Galindo.—Melilla.
 María Luisa Samper.—Melilla.
 Jesús Ferrer Soler.—Murcia.
 Rafael Blanco Ballesteros.—Alicante.
 Ignacio Maestre.—San Sebastián.
 "Un asiduo lector".—Melilla.
 Antonio Coll Pérez.—Valencia.
 Tomás Galdós.—San Sebastián.
 Juan Asturiano Marino.—Valencia.
 Blas Pérez Tejerina.—Algeciras.
 José Vicente (Tranquilo).—Zaragoza.
 Juan Bautista Oché.—Madrid.
 Maximino Moyano.—Zaragoza.
 Martín García Novoa.—Madrid.
 Luis Larruy.—Barcelona.
 Francisco Doménech Ferrando.—Salón.
 Diego Muñoz.—Albacete.
 Joaquín Fernández de Córdoba.—Córdoba.
 Luis Fernández Sancho.—Zaragoza del Monte.
 María Margarita Cañadas.—Sevilla.
 Adolfo Avila Llopis.—Madrid.
 Pepita Martínez Pardo.—Cartagena.
 José Molina Rodríguez.—Mérida.
 Elisa Tejerina Fernández.—Sevilla.
 Enrique Soria.—Madrid.
 Ángel Ferraz.—Zaragoza.
 José Fernández R.—Murcia.
 Dionisio González Vivanco.—Madrid.
 José Pareja.—Madrid.
 León González.—Huesca.

Juan Planas.—Barcelona.
 Adolfo Gimeno.—Madrid.
 Luis Radriguez Pescador.—Madrid.
 Juan Sánchez.—Alora.
 Gabriel Greiner.—Madrid.
 Paulino Ugarte.—Zaragoza.
 Ramón González.—Madrid.
 Valentín Gama Naharro.—Madrid.
 S. Botiste de la Tierra.—Madrid.
 Eduardo Gimeno.—Madrid.
 Cherines Robles.—Gijón.
 Ángel Marcos.—Madrid.
 Julián Fernández Cuevas.—Madrid.
 Pedro Soria.—Madrid.
 José Aguilar.—Madrid.
 Enrique Roig.—Sotomayor (Valencia).
 Francisco Prieto.—Barcelona.
 Emilio Plaza.—Bilbao.
 Francisco Abellán Alpáñez.—Murcia.
 José L. Viñuela.—Hinojosa de Duero.
 Zenón de Guillarte.—Jaén.
 Teodoro Vera.—Bilbao.
 Joaquín García Hernández.—Murcia.
 Miguel Valencia.—Málaga.
 V. Torregrosa.—Cáceres.
 Ramiro Serres.—Argentera.
 Enrique Zulaica Urquía.—San Sebastián.
 Juan A. Pérez y Sáez.—Bilbao.
 Pablo Verdú.—Barcelona.
 José Ardanuy.—San Sebastián.
 G. González.—Bilbao.
 Alejandro Blázquez.—Bilbao.
 Luis García Esteras.—Panticosa.
 Luis Molina.—Granada.
 Enrique Soto y Soto.—Madrid.
 Agustín Sánchez.—Coruña.
 Modesto Eras.—Santander.
 Francisco Guerrero Pereira.—Portugalete.
 Rafael Álvarez Dardet.—Sevilla.
 Miguel Arnáiz.—Santurce.
 Lorenzo Martínez García.—Novelda.
 Fernando Rodríguez.—Sevilla.
 Judas Nigromante.—Valladolid.
 Manuel García Fernández.—Badajoz.
 Francisco Fernández Mozo.—Madrid.

Francisco Ortega Villaverde.—Gijón.
 Ambrosio Moguer.—Barcelona.
 Tomás Pi Gregorio.—Barcelona.
 Bernardo Narváez.—Madrid.
 Pablo Murillo.—Zaragoza.
 María Luisa Malla.—Barcelona.
 Abraham Vázquez.—Madrid.
 José Robatto.—Madrid.
 Juan Herrero.—Madrid.
 Francisco Corrales.—Madrid.
 Angelita Ferrón Boxch.—Barcelona.
 Filomena Fernández Mantecón.—Madrid.
 Mariano Mingo Ruescas.—Alicante.
 León Luengo.—Logroño.
 Conchita Amado.—Madrid.
 Florencio Elduque González.—Villa Sanjurjo.
 Antonio Abrisqueta.—Madrid.
 Luis Cacho.—Logroño.
 Manuel Galbe.—Madrid.
 Manuel Maryano Fernández.—Cádiz.
 Ramón García.—Madrid.
 Juan Saba.—Tarrasa.
 Bernardo Gómez.—Madrid.
 José García Blanco.—Madrid.
 Conchita Pérez Simó.—Valencia.
 Lorenzo Mexía.—Madrid.
 María Asín.—Barcelona.
 Francisco Gozalvo Cevallos.—Valencia.
 Salomón J. Benarroch Benoliel.—Tánger.
 Ignacio Prim Guitó.—Barcelona.
 Emilia Rodríguez.—Palencia.
 Lisardo Díaz.—Villagarcía.
 Agustín Rojo Bonastre.—Caspe.
 Cayetano Albiri.—Madrid.
 José Pardo García.—Barcelona.
 Francisco de C. Martínez.—Segovia.
 Antonio Torrejoncillo.—Madrid.
 Juan Abollado.—Madrid.
 Pedro Aparicio García.—Madrid.
 Gabriel García Amat.—Elda.
 Ángel Cánovas.—Badajoz.
 Félix Moliner.—Madrid.
 Santiago Feria.—Madrid.
 "Ricomar".—Madrid.



Luis Bas.—Barcelona.



María Luisa Ortega de Pablos.—Madrid.

A y B, o la real gana

I

A y B decidieron restaurar el imperio de la naturalidad. Hay que advertir que ambos eran demócratas y, por tanto, enemigos de todo imperialismo. Pero entre el de la Cortesía, que es un velo de remilgos a la Sinceridad, y el de producirse a tono con su sentir, se quedaban con éste, que, al fin y al cabo, era más cómodo.

¿Qué es eso de prescindir de lo que estamos deseando y fingir lo contrario por complacer a los demás? ¡Fuera las reglas de Urbanidad y Cortesía—habían exclamado—y hagamos las cosas como las sentimos!

Al día siguiente empezaron a poner en práctica su decisión. La Real Gana principió a regir sus vidas.

II

Cuando se trata de elegir a alguien para un cargo, todos están que rabian por ser ellos los designados. Pero todos lo disimulan.

Pues bien: Si A o B asistían a unas elecciones en que se proponía a un señor Tal para un cargo y éste, con la falsa modestia que es corriente para ensalzarse más, hablaba de "su escaso valer", de "sus múltiples ocupaciones", de "que cualquier otro asociado lo haría mejor"... A o B tomaban la palabra y decían: "Después de conocer las desastrosas condiciones del señor Tal, que él mismo acaba de exponer, sería un desatino mayúsculo el elegirle. En cambio, debéis votarme a mí; a mí que soy el más indicado, porque poseo un gran talento, me sobra tiempo para ejercer el cargo y, además, tengo la completa seguridad de que lo desempeñaré mejor que ninguno de vosotros"...

¿Que salía triunfante? Pues nada de dar las gracias. A o B decían sencillamente a la asamblea: "Habéis hecho justicia al elegirme y debéis estar muy agradecidos por haberos indicado el camino. Os felicito por vuestro acierto"...

III

Un día van a un café nuestros dos amigos. Es costumbre

que a la hora de pagar haya un torneo entre los consumidores disputándose todos el satisfacer el gasto total, aunque en realidad cada uno desea no ser él quien pague.

A y B, llegado el momento, dicen:

—Tú pagas, A.

—De ninguna manera, B; permíteme el honor de ser yo el convidado...

—No lo puedo consentir; la última vez lo fuiste ya y ahora tengo mucho gusto en que pagues tú...

A esto el camarero les dice muy amable:

—Bueno, señores, cuando se pongan de acuerdo, llámenme. A mí me da igual uno que otro.

A y B, rindiendo culto a su sinceridad, se indignan:

—¡Hipócrita! ¡Usted dice que lo mismo le da uno que otro, cuando está deseando que los dos le paguemos! Pues no lo ha de conseguir en esta ocasión, porque si hemos de decirle la verdad, ninguno tenemos ganas de pagar. Adiós.

A y B se largaron cogidos del brazo, satisfechos de rendir culto a su

ideal..., que esta vez les producía un ahorro de dos pesetas...

IV

Pero ocurrió cierto día que, teniendo que pasar de prisa por una puerta en que no cabía más que uno, se entabló este diálogo:

A.—Yo primero.

B.—Primero, yo; no faltaba más...

A.—Hazme el obsequio de quedarte atrás...

B.—No, no; tengo mucho gusto en pasar yo delante...

Que si tú que si yo, el caso fué que los dos se colaron a la vez en un arranque impetuoso. Y lleno de furor B—porque A le había pisado en un juanete—, le obsequió con una estrepitosa bofetada. Unos amigos que presenciaron la escena estimaron que aquello era una ofensa personal y que, para repararla, no tenían más remedio que batirse. Ellos mismos se nombraron padrinos y concertaron las condiciones del duelo, que era a muerte.

EPILOGO

Ya están frente a frente A y B en el campo del honor—un sembrado de calabazas—, pistola en mano. Le toca disparar a B, y A le dice muy bajito:

—Supongo que no harás la barbaridad de matarme. Lleva cuidado no me vayas a dar...

—Chico, tengo miedo, porque como soy muy mal tirador, a ver si por tratar de desviar la puntería hago blanco...

—Pero ¿no tienes ganas de verme cadáver?

—¿Yo? Ninguna. ¿Y tú a mí?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿No habíamos quedado en que tú y yo éramos la Real Gana personificada?

—Claro. Y lo más lógico es que disparemos contra los que nos han traído aquí, que son quienes deben tener unas ganas enormes de batirse.

—Pues ¡duro con ellos!

A y B dispararon contra los padrinos y los testigos. Y cuando ya no quedaba ni uno vivo, se marcharon tranquilamente a un merendero para celebrar el éxito de su ideal: hacer lo que les diera la Real Gana...

LURS LOZANO



Dib. SILENO.—Madrid.

PROVERBIOS BOLCHEVIQUES

(Traducidos del ruso con el furor más espantoso que nos ha sido posible)

Todos los hombres somos iguales...
Un millonario y un mendigo, igual da...
Un sabio y un analfabeto, igual da...
Un tío y un sobrino, igual da...
Un hermano y otro hermano, igual da; mejor dicho, igualdad; y mejor dicho todavía, igualdad y fraternidad...

En las mudanzas de la Historia, sucede a veces que un pueblo oprimido puede armarse con facilidad. En cambio, no puede desarmarse así como así, porque un pueblo oprimido no es una cama de hierro, que se desarma en todas las mudanzas sin discusión.

Los reyes pueden ser absolutos o relativos.

Ejemplo de rey absoluto: Fernando VII.

Ejemplo de rey relativo: el rey de copas.

Es insensato hacer ministro de Marina a un zapatero, por ilustre que sea.

Porque puede confundir la botadura de un crucero con la bota dura que le hace daño a un parroquiano; y eso es ignominioso para sus compañeros de Gabinete.

Para gobernar bien hay que hacer lo mismo que para limpiar alfombras: sacudir muy fuerte, y sin miedo a la polvareda que pueda levantarse.

El comunismo persigue como fin político la hora del reparto.

Aunque forzoso es confesar que en Rusia todavía no ha llegado esa hora más que para los carteros.

La mujer genuinamente bolchevique suele ser atea. Y se da el caso de que, aunque esté próxima a dar a luz un robusto infante, no hay quien la convenza para que entre en una iglesia.

Lo cual quiere decir que, cuando esto ocurre, la separación de la iglesia y el estado es indiscutible.

Cuando veais un ruso colgado, pensad que puede tratarse de dos cosas muy diferentes:

Que sea un traidor o que sea un gaban con cuello de piel de nutria.

La revolución desde arriba puede ser un efecto de democratización de la tiranía.

La revolución desde abajo, siempre es el efecto de una purga.

Hay que desterrar la etiqueta de los palacios.

En Rusia ya no hay etiquetas más que en los almacenes de ropas hechas y en las botellas de vino generoso.

Hay que acabar con la nobleza histórica y con los apellidos de blason.

Hay que mandar a paseo los árboles genealógicos.

Aunque luego resulte que en el paseo donde estén todos estos árboles no quiera ir nadie a oxigenarse y a comprar barquillos.

La incultura del soldado hace fracasar las guerras.

Un ejército sin instrucción no sabe gramática ni sabe lo que tiene que hacer cuando le ordenan media vuelta a la derecha.

Prueba de que la instrucción es necesaria para marcar la eficacia intelectual del recluta y, sobre todo, para marcar el paso.

Al militar se le deben pagar sus haberes sea como sea.

Un soldado sin soldada no puede hacer nada práctico.

Porque está lamentablemente viudo.

En el Parlamento no deben admitirse ni hijos sin padre ni enfermos desahuciados.

Porque pasar de la Inclusa y del Hospital al Congreso sólo lo deben hacer los guardias municipales cuando les cambien de distrito como castigo a su mala conducta.

SOTERO L. PEON



—¿Qué tal sigue de su cleptomanía?

—Bastante mejor. Ya trae algunos objetos de valor.

Dib. KAR.—Valencia.



—El auto está tomando tanta importancia, que el tren ya no va a poder luchar con él.
—¡Hombre, te diré, te diré!... ¿Y en los pasos a nivel?

Dib. GASTÓN MÁS.—PARIS.

DESPUES DE SEIS LARGOS ANOS...

HACIENDO PATRIA

Creo llegado el instante de romper el silencio, y me atrevo a pensar que el tema que voy a exponeros es lo bastante trascendental para que los buenos patriotas comiencen a preocuparse de la necesidad de variar de conducta. Se trata de la fabricación nacional de tangos argentinos.

Es cierto que por algunos escénarios y hasta por muchas cocinas han cruzado las notas melodiosas de varios tangos argentinos, para cuyos autores, ya sean oriundos de Toledo, ora de Granada, bien de Alicante, debemos guardar nuestro respeto todos los españoles, ya que si sus composiciones tienen muy poco sabor criollo, ellos no son los responsables, y nada que no sea admiración y

agradecimiento debemos demostrar ante su buen deseo.

Nadie puede negar que el tango argentino ha llegado a ser en nuestra patria un artículo de primera necesidad. En los salones, en los fregaderos, en los cabarets, en los patios de vecindad, el tango triunfa. El cantor de tangos ha llegado, por fin, a adquirir la personalidad y el relieve que merece, y Luis de Vargas y yo sabemos muy bien que nadie que no sea un hombre de tan vulgar y adocenada psicología como ese retrógrado personaje de "Noche de verbena", puede menospreciar a quien ejerce tan noble profesión.

Podemos proclamar orgullosamente que la mayor parte de los artistas que nos

hacen sollozar explicándonos cómo su caballo ha muerto o la necesidad en que muchas veces se encuentran de hundir sus facas en el corazón de alguna china que, cumpliendo su obligación, les traiciona, son naturales de Valladolid, de Cáceres o de cualquiera otra provincia adonde la luz de la civilización ha llegado ya, y no debemos desconfiar de que alguna vez en Las Hurdes lancen a los cabarets una orquesta criolla, que no en balde un puñado de hombres abnegados y valerosos se han propuesto incorporar dicha región al mundo de la cultura. Pero, ¿nos atreveremos a ufanarnos de que las canciones con que cuentan nuestros artistas para encogernos el corazón son, asimismo, de origen patrio? Diga-

mos sinceramente la verdad. No; esas canciones aun no hemos llegado a producirlas, siendo de lamentar que el señor ministro de Economía Nacional tenga descuidado tan vital problema.

Repito que no se puede culpar de esto a los músicos españoles, como tampoco a los autores de letras. Unos y otros han puesto a contribución todo su talento y todo su esfuerzo; pero han fracasado, porque por muy lejos que vaya la fantasía humana, nadie consigue dar la sensación de lo que no se ha vivido, y así como los directores de películas españolas se ven obligados a rodar sus *films* en la vía pública por falta de estudios adecuados, así nuestros autores de tangos tienen que conformarse con las referencias que les llegan del otro lado del mar, sin poder inspirarse para su trabajo en un ambiente de realidad criolla.

Trataré de dar alguna orientación, aunque me entristecería que las declaraciones que voy a hacer pudiesen ser calificadas por los miembros de la Unión Monárquica de biliosas especies para desacreditar la labor de la pasada Dictadura.

Nunca he sido partidario de lanzar gritos dando vivas a nuestras costumbres medievales, porque creo de más razonado patriotismo poner de relieve nuestros defectos, para ver de buscarlos remedio, en lugar de demostrar un entusiasmo demasiado peligroso que no conduce más que a la anquilosis nacional. Así, pues, diré que en España se bebe muy poco champán, y que muchos españoles que creen beberlo, en realidad es sidra lo que trasiegan.

Bien está que los maridos hispanos asesinen a sus esposas y a los amantes

de éstas, aunque me permito hacerles observar que con esto no cumplen totalmente su deber, sino que, una vez consumada la venganza, deberían cortar el pelo al cadáver de la adúltera y, en unión del corazón del amante, entregarlo en el juzgado de guardia, al mismo tiempo que sin circunloquios de ninguna clase exponen el derecho que les asiste a no dejar que se les llame borrachos, ni cuatros, sino sencillamente criminales.

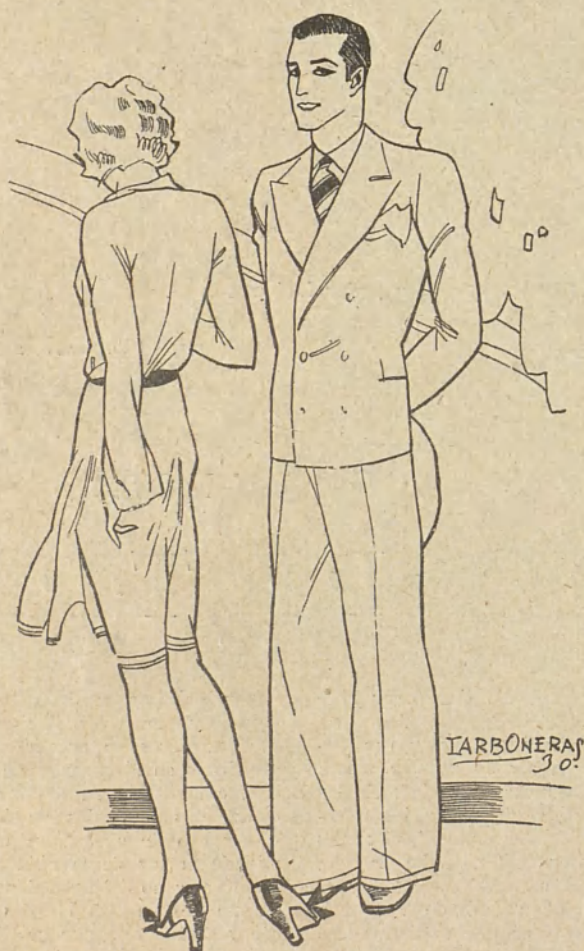
Pero lo que no se puede tolerar es que cuando un estudiante se ve abandonado por su novia, que cansada de rezar sin éxito para que el dueño de su corazón apruebe un curso de Derecho Romano o de Anatomía general, decide abandonar el hogar paterno y huir a un cabaret a guardarse tiques en las medias y a compadrear, dicho estudiante se limite a buscar otra novia o todo lo más a escribir un soneto, en lugar de refugiarse en otro cabaret y convidar allí a sus amigos, mientras declara que su vida ha quedado deshecha y advierte que si ven a la culpable le hagan saber las consecuencias de su conducta.

Tampoco merece aprobación el empeño que los españoles ponemos en prolongar nuestra juventud. Es preciso recordar, mientras contemplamos cómo se esfuma el humo de nuestros cigarrillos, que la vida tiene muchos puntos de analogía con el tabaco, y que lo mismo que un lozano "aristón" llega a merecer nuestro desprecio y terminamos arrojándolo al suelo despectivamente, el tiempo se complace en consumir nuestros organismos, y al cumplir los treinta años ya somos lo suficientemente viejos para ir pensando en organizar la última farra y marchar después a morir borrachos a un pueblito, dejando a la bulliciosa muchachada que continúe su diversión.

Por último, censuremos el comportamiento de los picadores en las plazas de toros. Dichos señores no parecen afectarse mucho ante la muerte de sus caballos. Cuando el toro, una vez taladrado el peto protector, hunde sus afiladas astas en el vientre de la cabalgadura, el picador ya no piensa más que en soltar la puya y asirse fuertemente al borde de las tablas, y en cuanto logra dar en tierra con su pesado cuerpo, huye lleno de cobarde terror, sin dársele un ardite de los sufrimientos del noble bruto. Luego marcha cazarmente hacia el patio de caballos, sin enjugar una sola lágrima con la arpillera que cubre los restos del que fué su colaborador.

Nada más. Creo haber cumplido mi deber, y aunque no ignoro que con estas declaraciones me expongo a la biliosa murmuración de determinados sectores, bien sé que la parte sana de la opinión habrá de reconocer la razón que me asiste, no arrepintiéndome jamás de cuanto queda dicho, porque tengo clara conciencia de mi responsabilidad...

José MARIA AGUIRRE



Ella.—Ya sabes que en casa nadie opina más que yo.

El.—Está bien; pero cuando yo esté solo opinaré como me dé la gana.

Dib. CARBONERAS.—Valencia.



—¡Qué guantes más bonitos! ¿Qué número gastas?

—Mi número es el 5; pero el 6 me está tan bien que acostumbro a usar el 8.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

PEATONES-TAXIS

Muchas veces constituye un perjuicio para los buenos patriotas españoles el colocarse los "knickerbockers" de la europeización. Tal ocurre, por ejemplo, con la plaga de literatos "tomapelistas". Y tal sucede con los "sin-trabajo".

Se comprende que los "sin-trabajo" subsistan en Inglaterra, donde no hay otra manera de combatir el *splen* de las clases privilegiadas que esa de hacer desfilar todos los días, por las anchurosas *streets* londinenses, a miles de obreros forzosamente desocupados. Pero problema tan europeo y obsesionante ha quedado en Madrid satisfactoriamente resuelto.

Todos los forasteros recién llegados a Madrid—peregrinos con sus conchas, viajeros con sus cajas de muestras, trotaglobos en "side-car", etc.—, muestran su extrañeza al ver las grandes arterias urbanas llenas de gente a cualquier hora.

—¡No se puede dar un paso!—exclaman.

—¡Qué de pisotones!—se conduelen.

Estamos en la obligación de explicar estas cosas. Que lo sepan los viajeros, y los peregrinos, y los zampalimosnas: toda esa gente que congestiona las vías céntricas, toda esa gente que hormiguea por la Puerta del Sol, no está allí por su gusto, no transita ni se para espontáneamente, no empuja ni atropella por el placer de molestar al prójimo. Esa gente está contratada por el Ayuntamiento de Madrid, y su misión no es otra que la de animar las calles, dando a la capital de España un aspecto de metrópoli porvenirista, trafagosa y efervescente.

En repetidas ocasiones, y al advenir precisamente la onomástica de San Isidro, se han dirigido al Municipio inculpaciones como éstas:

—¿Pero qué hace el alcalde que no organiza festejos en honor de los paletos?

—¿Es que no hay dinero para atracción de forasteros?

Tan acerbas censuras no serán ya motivo de lucimiento para los redactores municipales. Porque este año, en el presupuesto dedicado por la Casa de la Villa a pavimentación, hay un capítulo que dice así:

"Diez millones de los anteriormente presupuestados se dedicarán a atracción de forasteros. A tal fin, los ingenieros encargados de las reformas del pavimento dictarán las órdenes oportunas hasta conseguir que diez mil vecinos de la villa, que se encuentren sin trabajo, puedan dedicarse al entretenido oficio de peatones, circulando por los sitios más céntricos, para lo cual se proveerá a cada uno de dichos peatones de un aparato "cuentapasos" de bolsillo, con el que acreditarán ante la Dirección del Tráfico las distancias que hayan recorrido semanalmente. Tales peatones no se distinguirán en nada de los demás ciudadanos, a fin de no infundir sospechas; pero les será obligatorio el uso de una insignia especial, solamente perceptible para los quinientos inspectores nombrados al efecto. La Dirección del Tráfico comprobará debidamente los jornales devengados por los citados obreros, llevando un registro de todos los aparatos "cuentapasos" y pagando a cada peatón contratado a razón de 25 céntimos el kilómetro."

Gracias a iniciativa tan plausible, funciona desde hace días en el Ayuntamiento el negociado de "peatones-taxis", servido por una burocracia idónea, encargada de seleccionar—y entrenar—a los aspirantes al cargo. Los trámites de admisión son siempre invariables:

—¿Qué desea usted?

—Ser "peatón-taxi" de la villa de Madrid.

—Muy bien. Respire usted con fuerza.

El catecúmeno respira fragorosamente.

—Ahora dé usted veinte pasos al frente.

El aspirante recorre el negociado de punta a punta.

—Queda usted admitido. Y ya sabe su obligación: recorrer todos los días, en jornada de ocho horas, la zona comprendida entre Alcalá, Montera, Carretas, Carrera de San Jerónimo, Príncipe, Peligros, Sevilla, Gran Vía, Fuencarral, Hortaleza y Preciados. De cuando en cuando puede detenerse ante los escaparates sin interrumpir la circulación. Pero será indispensable que se ponga usted otros pantalones. Ya usted sabe el deplorable efecto que causa a los provincianos el ver por las calles gente mal vestida.

GAMITO ITURRALDE



El cabo.—¡Eh, amigo! ¡Cuidado con aflojarse las esposas!

El detenido.—¡Si no me aflojo las esposas! ¡Es que me duele la tripa!

Dib. MORÁN.—Madrid.



- Señorito, ¡menudo pájaro ha matado usted!...
- ¿Verdad que sí? ¡Y decía éste que no había visto volar la pluma!
- Pues bien podía haberla visto, porque la "víctima" ha sido el escribano.

Dib. AREUGER.—Madrid.

EL GLOTON

"Más contribuye a la felicidad del género humano la invención de una vianda nueva, que el descubrimiento de un astro."—BRILLAT SAVARIN.

José María Iparrigoitia era un vasco, natural de San Sebastián, de hinchado abdomen, faz colorada y gran corpulencia, que daba en la báscula un peso neto de 140 kilos.

Según el tragón de José María, la única finalidad que trae el hombre al mundo es la de comer y beber. Frecuentemente, el vasco aseguraba:

—El amor, las bellas artes, a mí nada me dicen. Gozo mucho más ante una

cazuela de bacalao con tomate que escuchando la mejor sinfonía...

Iparrigoitia ocupaba desde largo tiempo la presidencia de la "Sociedad de Tragones de Vasconia", a causa de ser el más comilón de los afiliados.

La "Sociedad de Tragones de Vasconia", entidad típicamente eúscara, se había constituido, como ya su nombre señala, para que los miembros pertenecientes a ella se dedicasen a manducar.

Pintoresca distribución la de las habitaciones del domicilio social. El mejor departamento de la casa era la cocina, donde seis cocineros guisoteaban suculentas viandas. Existía un salón, a cuya entrada un gran letrado anuncia-

ba: "Biblioteca", lleno de estantes; pero que, en lugar de libros, aparecían ocupados por botellas. Más adelante, otro cuarto, titulado: "Sala de meditaciones". Se trataba del comedor.

Procedente de cierto humilde lugar, llegó a la capital donostiarra un aldeano, que venía dispuesto a empuqueñecer a Iparrigoitia.

Hubo una comida de desafío ante la "Sociedad de Tragones de Vasconia". El casero devoró un cordero completo. De postre, como demostración de resistencia, masticó gran cantidad de papel, pasándose garganta abajo dos ejemplares de "El Pueblo Vasco", periódico local.

José María comió cordero y medio, y de propina, para probar que él también asimilaba toda clase de manjares, se tragó seis números de "La Voz de Guipúzcoa", sin que le sucediese ningún entorpecimiento en la digestión.

Tras aquel triunfo, Iparrigoitia, convencido de que poseía un estómago privilegiado, se dedicó a comer las cosas más absurdas. Así, partía con su fuerte dentadura un vaso de cristal, tragándose seguidamente todos los vidrios. En otra ocasión, con motivo de una apuesta, se comió a mordiscos un plato de porcelana entero, como si se tratase de la más exquisita golosina.

A pesar de cometer tales bárbaros excesos, José María no reventaba. Tan sólo crecía su obesidad, inflándose cada vez más la barriga del glotón.

El buen José María decidió explotar aquella rara aptitud, que le consentía hasta pasar clavos por su tripa, al igual que cualquier avestruz.

El vasco se dedicó a la profesión de fenómeno de manducación, exhibiéndose por los circos del orbe entero. Iparrigoitia causó la maravilla del mundo durante el tiempo de sus andanzas.

Aprovechando aquella virtud única de su estómago, que le hacía digerir objetos de las más variadas especies, el obeso José María, al presentarse ante los atónitos públicos, comía relojes de pared, petacas de cuero, carteras, cajas de hoja de lata, colecciones de libros, etcétera. También el fenómeno vasco tragaba por la boca toda clase de monedas, lo que hacía exclamar a los admirados espectadores:

—¡Caray! Esto no es un hombre. ¡Es una hucha!

Existen repartidos por el mundo diversos seres que, dentro de su esfera,



- Le llevaré cinco pesetas por transportarle las tres maletas a la estación.
- Es muy caro, tienes que llevarme menos.
- Bien; le llevaré sólo dos maletas.

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

tienen por finalidad el realizar patriótica propaganda acerca del país de su nacimiento.

Por ejemplo, cuando un cantante, compatriota nuestro, obtiene un éxito en El Cairo, o en el instante que un boxeador hispano tumba a un rival en la ciudad de Texas, todos los españoles percibimos estimable gratitud hacia tan beneméritos ciudadanos, ya que con su buen comportamiento han dejado en excelente lugar el nombre de la patria.

En consecuencia, Iparrigoitia, en este aspecto, no podía constituir la excepción. Al poco tiempo de actuar, José María era ya una figura popular no sólo en su región, sino por todo el país.

Muchos españoles empezaron a sentirse orgullosos con los resonantes triunfos obtenidos por el vasco en extrañas tierras. En distintas poblaciones creáronse diversas "Peñas Iparrigoitia". La "Sociedad de Tragones de Vasconia" nombró a José María presidente de honor perpetuo.

Todos los periódicos publicaban entrevistas y fotografías del gastrónomo extraordinario. Se puso a la venta una nueva marca de cigarros que llevaba el nombre del comilón. A continuación, lanzáronse a los mercados la "corbata Iparrigoitia", los zapatos "modelo Iparrigoitia", el "Anís Iparrigoitia"....

Cierto día, el vascongado, harto de gloria mundial, acordó regresar a su patria. Le fué rendido un grandioso recibimiento, en especial en su ciudad nativa.

Bandas de música, cohetes, volteo de campanas, una gran multitud aclamando a Iparrigoitia.

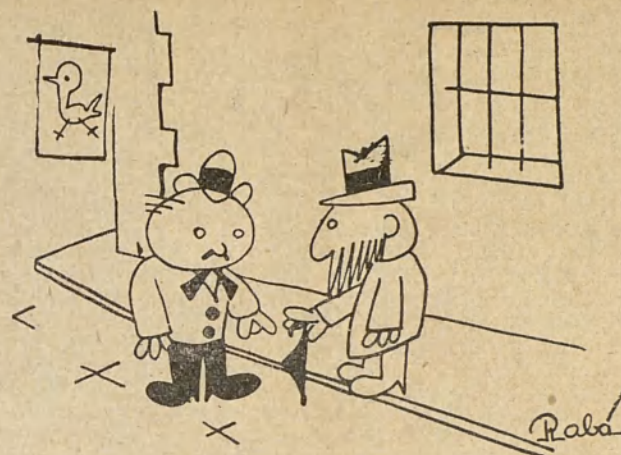
Transcurrido cierto tiempo, celebráronse unas elecciones políticas en la capital. José María, considerando la gran estimación que sus paisanos sentían por él, se presentó a la lucha, como candidato independiente. Pero el gastrónomo experimentó una terrible derrota, pues, en contra de sus suposiciones, ni un solo elector le favoreció con su voto.

Iparrigoitia quedó muy dolorido del funesto resultado, que él consideraba totalmente injusto.

No obstante, el fracaso electoral de José María tenía completa justificación.

Si a individuos normales, e incluso inapetentes, al actuar en política, se les aumentaba el apetito de modo inusitado, devorando adoquines, asfalto, etcétera, por ejemplo, ¿qué no sería capaz de comerse un sujeto de las extraordinarias condiciones manducatorias de Iparrigoitia? Los cuerdos electores procedieron con loable prudencia al abstenerse de votar al glotón y obeso José María. En efecto, resultaba en extremo aventurado el consentir que un hombre con semejante tragadero se lanzase a la política.

LUIS ESTEBAN



—Ese paraguas no es suyo.
—Ya lo sé; pero no se lo diga a nadie.
—Descuide; pero es el caso que es mío.

Dib. RABÁ.—Madrid.



—¡Quedáis detenidos por llevar "almas" blancas!

Dib. ADALBERTO.—Jerez.



—No, no comprende. Si en este momento me matase a mí, por ejemplo, ¿qué le pasaría?
—Me llevaría una ovación de mis compañeros.

Dib. LORENZO.—Madrid.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

De un tiempo a esta parte los libros de historia se han multiplicado tanto o más que los celebrados y sabrosísimos panes y peces de que habla el Nuevo Testamento. ¿Cuál es la causa? No la sé, ni creo que la sepa nadie. Acaso que se escriben muchos, acaso que sus autores no dejan en paz al editor hasta que logran lo que desean, acaso que, como todo lo malo, abunda.

De todos modos, insisto en que se escriben muchos y malos. Son muy pesados. Son muy caros y, además, huelen a queso. Ello me impulsa a forjar hoy un relato histórico, con la sana intención de que todos esos señores que constantemente vienen contándonos historias aprendan cómo deben escribirlos. Me servirá de tema la reciente guerra europea.

La llamada guerra europea fué un alboroto que hizo bastante ruido y dió mucho que hablar en las casas donde tenían algún pariente metido en el ajo. ¿Quién tuvo la culpa de ella? Pues, según los unos, los unos, y según los otros, los otros.

El culpable de todo fué un muchachito revoltoso que en un pueblo muy mono de esa nación que la dicen Austria asesinó a un matrimonio que iba por la calle en automóvil sin meterse con nadie. Esto molestó a los del pueblo, ya que mediaba la desagradable circunstancia de que el homicida no era vecino de allí, sino de un sitio que en los mapas le llaman

Belgrado y que está un poco más abajo. Con tal motivo, protestaron diciendo que aquello estaba muy feo y que qué hubieran pensado los de Belgrado si alguno de ellos hubiera ido allá a matar a cualquier matrimonio.

Pero la cosa no terminó ahí, porque cuando se supo en Viena—Viena es la capital de la nación a la que dicen Austria—lo que le había ocurrido al matrimonio, tampoco les pareció ni medio bien, en vista de lo que sus ministros comenzaron a dar puñetazos sobre las mesas. En la discusión dijeron que si tal que si cual, y acabaron redactando una carta para los de Belgrado, que decía: "Señora doña Servia: Esta es para comunicarla que no nos parece muy correcto lo que ha hecho ese muchacho, y que no nos vamos a juntar. Su afectísima, Austria".

Los servios opinaron que de la conducta de aquel muchacho el único responsable debía ser su padre, puesto que no se había ocupado de enseñar a su hijo las más elementales reglas de urbanidad, y que ellos no tenían por qué cargar con el mochuelo. Así se lo escribieron a Austria; pero añadiendo esta posdata: "¡Ah! Y conste que si ustedes no quieren juntarse conmigo, tampoco Rusia se juntará con ustedes." Antes de echar la carta en el correo la leyeron en el Congreso, por aquello de que ven más cuatro ojos que dos, y porque no fuera a tener alguna falta de ortografía.

Pronto recibieron contestación: "Si



—Señorita: "Fifi" le dió un mordisco a mi novio que vió las estrellas.
—¿No es soldado tu novio?
—Sí, señorita.
—Pues si es soldado y vió las estrellas, debe estar muy agradecido.

Dib. Pico.—Madrid.

Rusia no se junta conmigo, tampoco Alemania se juntará con ella." Y contestó Rusia: "Pues le advierto a usted que entonces Inglaterra y Francia dejarán de juntarse con Alemania." Como aquello se estaba poniendo feo, los alemanes escribieron a los ingleses: "Rusia dice que si esto que si lo otro. Pues sepan que Austria y yo somos muy amigas, y que si ustedes no se juntan conmigo ella no se juntará con ustedes." A esta carta sucedieron muchísimas más, en las que sólo se hablaba de si me junto, no me junto o me dejo de juntar.

A todo esto el público se enteró por los periódicos de lo que sucedía y comenzó a dar vivas y mueras por las calles. Múltiples manifestaciones recorrieron las vías céntricas de casi todas las capitales de Europa, portando letreros en los que se leía: "Queremos la guerra". "Estamos hasta la coronilla de tener que ir todos los días a la oficina." "Nos vendrá admirablemente una temporada de campo."

Hasía que una tarde se cursaron dos telegramas desde los bandos enemigos. "Decididamente ya no nos juntamos", decía el uno.

"Ni nosotros tampoco", decía el otro.

Y comenzó la guerra.

Los caballeros se vistieron trajes de militares y fueron a retratarse de uniforme, con un puro en la mano. Después, alineados en grandes filas, principiaron a aprender la instrucción en los patios de los cuarteles.

—Vamos a ver—les preguntaban los oficiales—, ¿con quién no nos juntamos?

Y si los que hacían la instrucción eran alemanes, por ejemplo, debían responder:

—Con Francia, con Inglaterra, con el Canadá, con el Japón, con Servia, con Portugal, con Bélgica, con Egipto, con Rusia, con Australia...

Tardaron bastante tiempo en meterse en la cabeza toda esa retahíla. Cuando se la supieron les llevaron en tren hasta las fronteras. Se les dió un fusil y algunos cartuchos. Todo sin cobrarles un céntimo.

Pero la vida era tan aburrida que, para matar el tiempo, se dedicaron a hacer unos hoyitos en el suelo a los que pusieron el mote de "trincheras". Así pasaron muchos meses, dale que te pego al pico y a la pala. A los más trabajadores les enviaron unas cruces para que se las pusieran los domingos, y a un individuo que, debido a su antiguo oficio de reparador de tuberías de gas se daba la gran maña para abrir zanjas, le ascendieron a general. En los ratos de ocio se ponían a escribir novelas.

Fué una época amarga. Se declaró una epidemia gripal, y los hombres comenzaron a morir como mosquitos. Al Estado Mayor le era violento confesar la existencia del temible microbio, y en cuanto lo cogía alguno de los soldados, escribían a la viuda: "Su esposo sucumbió en pleno campo de batalla, no sin llevarse por delante a quince soldados enemigos. Era un castizo. Descanse en paz."

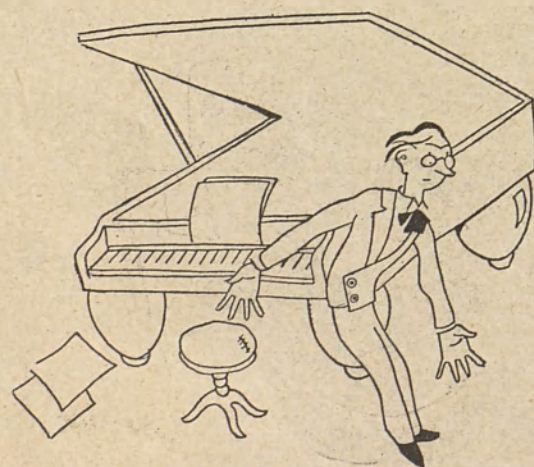
A los cuatro años y tres meses, el campo estaba imposible. No se podía dar un paso. Todo eran zanjas y más zanjas. ¿Cómo continuar allí?

Uno de los bandos escribió al otro: "Si quiere usted nos podemos volver a juntar. Después de todo, no tuvimos intención..." Y el otro contestó: "Pues bueno."

Al día siguiente pusieron en las trincheras unos letreros que decían: "Se ha firmado la paz. Desde mañana pueden ustedes volver a la oficina."

Eso fué todo.

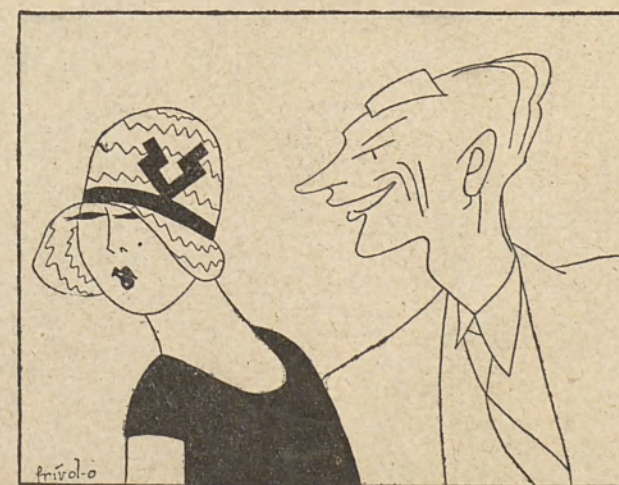
MANUEL LAZARO



El pianista.—Señores: esta obra que han oído es la última de mis composiciones. ¿Les ha gustado a ustedes?

Una voz.—Sí, señor; no faltaba más. ¡Ha gustado siempre!

Dib. Muñoz.—Madrid.



—Señorita: espere usted un momento, que voy a ver si tendré que pagar multa por el pirope que se me ha ocurrido.

Dib. Frívolo.—Madrid.

ZUÑIGADAS

I

¡BUEN ALCALDE!

El regidor de Cuclillos
mandó el Domingo de Ramos
que un breve pregón echasen
diciéndole al vecindario:

"Como hay procesión, advierto
(igual que todos los años)

a los que tengan balcones,
que quiero verlos colgados."

II

LAS POETISAS

De Angela es madre Belén,
y Uceda es padre de Pía,

y ensalzando su valía,
pues versifican muy bien,
me dijo, orgulloso, Uceda:
—Mi Pía es una *Machada*—.
Y dijo Belén, picada:
—Pues mi Angela es una *Rueda*.

III

INTRÉPIDA Y ATRAYENTE

De un periódico yanqui esta noticia
recuerdo, por lo chusca:
La chica de un ilustre presidente
de aquella gran República
(que era una señorita gorda y guapa,
intrépida y robusta),
por *sport* solamente, cierto día
realizó una diablura.
La máquina de un tren de mercancías
cogió por cuenta suya
y guió sola el tren, que a su destino
llegó mejor que nunca.
Y absorto el maquinista, al despedirla,
cuando emprendió la ruta,
deslizó en su orejita esta advertencia
prudente y oportuna:
—No tiene usted peligro en el trayecto.
Y añadió (con segunda):
—¡Donde tiene *usté* acaso algún peligro,
señora, es en las *curvas*!

IV

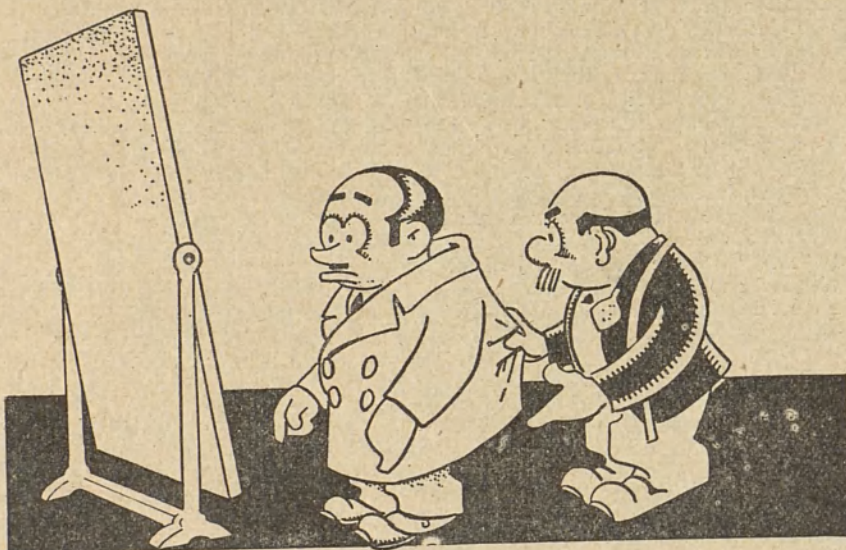
¡POBRE SEÑORA!

Nos invitan los amigos
Camarasa y su mujer
a una tarta hecha con higos
que les han mandado ayer.
Muchos tras la tarta vamos,
¡y le ofende a Camarasa
ver que todos "la tomamos"
con la dueña de la casa!...

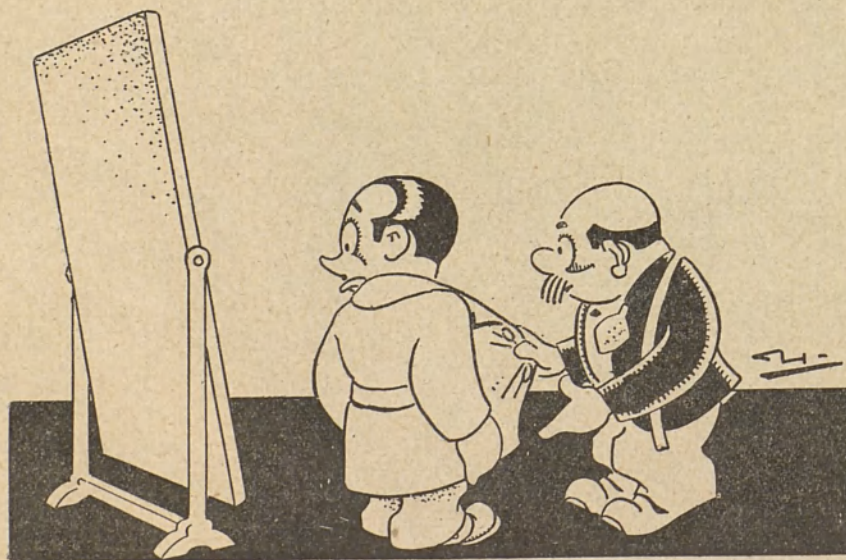
V

LA ERRATA DEL PIQUETE

Al hablar "El Clamor de Tragacanto"
de cierta procesión,
en la cual iba tropa tras un santo
de los de la Pasión,
decía: "Iba después San Juan Bautista
con la tripa detrás..."
(¡Errata de tal *bulto*, ante mi vista
no apareció jamás!)



—¡Hombre!, no diga usted que le está ancho. Ya ve usted cómo le queda
por delante...



—... y por detrás.

Dib. URDA.—Barcelona.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

Servidor, radioescucha

Nadie puede decir: de este agua no beberé. Nadie, por tercamente burlón que sea, puede asegurar que no será jamás radioescucha.

Esto lo digo yo hoy porque me ha caído encima. Instigado por alguien de la familia, a quien no quiero mentar, fui, agarré y compré un aparatito de galena. Cierta cariñoso e inteligente amigo me hizo la instalación, tocando tierra en el tubo de plomo del inodoro y estableciendo correspondencia magnética—lo que sea técnicamente—con otro hilo, atado a cualquiera otra parte.

La máquina quedó colocada junto al lecho, y entonces yo me acosté más temprano que nunca en mi vida.

—Voy a pasar una fastuosa noche burguesa—me dije.

Para las diez estaba anunciada la maravilla; y, con la impaciencia de la emoción, me acomodé los flamantes auriculares; y, por varias veces, leí el programa de radio, que hasta entonces había visto yo en la Prensa con una indiferencia absoluta de inconsciente.

De pronto... percibí que en mi alcoba sonaban las campanadas de Gobernación. ¡Cosa mágica, ché! Hallarse, simultáneamente, en la Puerta del Sol y en la cama es cosa de gusto y asombro, propia de esta época bruja; es algo que quizá pudiera resolver el problema del callejero y trasnochador impenitente, que rabia por coger la puerta y tiene que contenerse, alguna noche, ante la amenaza conyugal.

Luego percibí unos ruiditos de... relojería, de linotipia, de qué sé yo; todo, para venir a decirme que:

Las mejores corbatas

se compran en la plaza del Angel; y

Las mejores camisetas,

a los finales de Bravo Murillo.

Terrible circuito para vestirse, pensé yo.

Siguieron las últimas cotizaciones de Bolsa:

$46,03 - 25\%, 36 \times 25 - 3 + 2 \times 8 = 20,$

o cosa así.

Perfectamente. Yo estuve por apuntar, o retener, que:

468 obligaciones son muchas obligaciones para uno solo; y que $791 - 000 - 00,6 + 23$ son prorrogables...

Después, un señor como del otro mundo me colocó nuevos anuncios, sin miramiento alguno, y una receta culinaria:

Patatas a la Poincaré.

Las cuales se ablandan por un proce-



—¿A que no sabes por qué han inventado los alemanes los aeroplanos sin cola?

—¿...?

—¡Hombre! Pues porque despeguen mejor.

Dib. RICELSA.—Madrid.



El.—¿Has querido a algún otro hombre antes que a mí?

Ella.—Sí; pero los he querido por su valor, por su fuerza, por su elegancia o por su talento. Tú eres el único a quien he querido solamente por amor.

Dib. PASCUAL.—Valencia.

dimiento que ya no recuerdo, ni mi criada tampoco.

Siguióse a todo esto un concierto sinfónico. Música gatuna, de una espuerta de gatos sinfónico-agónicos:

¡Que me ahogo!, Gluck, fuga.

No te preocupes, Bach, toccata.

El chorro de la fuente, Weber.

Agüero, pasodoble, Franco.

Y no recuerdo más.

Ojalá no recuerde más tampoco los versos de un tal por cual Deogracias Méndez. Este anónimo vate, como no le publican nada, por aquello de que la letra escrita permanece, desahogó allí sus ultratismos, delegándolos en una tía suya, recitadora que, por fortuna, no tiene dónde recitar.

Me encajaron luego una crítica de libros, otra de cine y otra de discos. Esto último se me figuró que era un modo de economizar música la estación; pero, por mí, ya podía muy bien ahorrársela toda. Yo, por lo menos, no oía nada, y puede que fuera culpa de la galena, o de alguno de sus aledaños. A cuenta de los discos, tuve que oír melódicas reminiscencias vocales de los afamados *Niño de la Almudena*, *Niño del Colegio*, *Niño de la Inclusa* y otros niños.

Y más anuncios.

¡Y dale con los anuncios!

Siguióse música de baile. Música de baile, hallándose uno ya acostado, me pareció una burla alusiva.

Pero lo peor fué la espectral presencia de un conferenciante que, precedido por el reclamo de la mejor pastilla para la tos, se puso a disertar sobre "La propiedad de la estearina como emplasto aséptico".

De coraje, cogí el diario y me zampé, de una vez, todos los rumores teatrales:

"Qué la bella segunda tiple Leoncia Delgado está de monos con la empresa López-Baró, y coquetea con Rodríguez-Vargas y con Hernández-Cladera.

Que el notable actor señor Alfama va mejor del forúnculo.

Que ya no le duele.

Que lo que le duele es no poder estrenar una obra de nuestro compañero en la Prensa", etc.

Cuando en el ya olvidado artefacto cantaba una canción popular polaca la señora no sé quién, yo me había dormido, con perdón de la corriente continua...

Ya no me iré del mundo sin saber, poco más o menos, cómo tronará el fin del mundo...

Aquello era imponente.

Pasó corriendo, pero muy despacio, por encima del techo, la diligente apisonadora de obras municipales...

Siete caballeros, dos señoras y un ultraísta se precipitaban unos contra otros, para arrojar sus respectivas conferencias sobre mí...

Terrible algarabía formaban las críticas, las romanzas, las recitaciones, las charlas líricas, los pronósticos del tiempo, los augurios de Bolsa, el *jazz-band*, y la caraba en ondas cortas.

¡Pim, pam, pum... plaff!!!

Y desperté despavoridísimo...

—¡Dios mío! ¿Qué te he hecho?—recé. Y todavía, entre dormido y despabilado, noté cómo una vocecilla subterránea intentaba convencerme, campanudamente, de una de las teorías científicas de moda: "Los microbios de la izquierda son predominantes sobre los microbios de la derecha biológica"...

Iba ya a tirarme de la cama, cuando al fin se impuso la razón:

Habíame quedado dormido con los au-

riculares puestos, y la molestia física me había producido la pesadilla...

No se me ofendan los señores radioyentes, que en la palabra pesadilla el calificativo que me ha merecido la T. S. H., como pueden ver, va atenuado. No me atrevo nunca a censurar del todo lo que conozco poco...

José BRUNO

¡TODO ES MENTIRA!

Sí, señor. Todo, un *camelo*. Desde las nubes al suelo, todo es falso; todo es *ful*. Hasta el azul de ese cielo que ni es *cielo* ni es *azul*. Falsos, del viento al embate, son la avioneta y el yate. Falsos *marcos* y *coronas* y falsas son las personas. Y falso es el chocolate que nos sirven las patronas. Ves a una dama en la rúa y la crees grácil y airosa; mas ¡ay! tras la hora dichosa tu ilusión se desvirtúa, porque, sin faja, a la hermosa hay que moverla con grúa. Te encuentras en cualquier parte a un *Róchil* o a un *Calamarte*; y cuando de tus apuros te piensas que va a sacarte, va y de un sablazo te parte; y, o le *apoquinas* los duros, o no vuelve a saludarte. A una artista de zarzuela pretendes; crees que *se cuele* y cuando en plena *colada* supones a la *gacela*, con otro *pájaro* *vuela*, y te deja la escarcela desfondada. Te invita cualquier mortal a comer en un *hostal*. Te atracas como un *zulú*. Y tu anfitrión, al final del *suculento menú*, va y te dice: "Paga tú, que a mí no me queda un real". Tienes prisa y desalado bajas al acreditado *metro* que corre realmente, igual que un *endemoniado*; pero apenas ha arrancado se le acaba la corriente y te quedas entubado de repente quince minutos o veinte. Haces cuarenta comedias y al cabo te admiten una; pero la Empresa es tan tuna, que a cobrar te obliga a medias, aunque gana una fortuna. Y para colmo de males si a *morenos* y *rubiales* ha gustado tu *sainete*,

banquete en los arrabales (compuesto en un periquete) donde dan: *vino clarete*, *champán* de catorce reales; *simulacros* de *filete*; y no a kilos, a quintales, la flor de los arrozales, con seis pollos otoñales para los cuarenta y siete comensales; los cuales, del entremés al sorbete, pasando por el *burlete* de unos *chorizos bestiales*, engullen como animales; les das *puros* de copete; y te ponen de *frescales*,



—¿Y qué le devolviste a tu novia cuando regañaste con ella?

—¡Pues un rizo que tenía como recuerdo!

—¿Cómo recuerdo de qué?

—De cuando era vieja.

Dib. PORTA.—Madrid.

asno, *cretino* y *zoquete*, que a la *vinagreta* sales del banquete. "¿La verdad en dónde está?" Gritas dado a Belcebú. Y los perros te hacen *guá*. Y te casas, y haces *mú*. Y acabas haciendo *fú* y todo igual se te da. Hasta que por fin un día clamas fingiéndote triste: "¡Oh, verdad, ya te hice mía!" Y es que con júbilo viste que tu suegra *se las lia* de un *tabardillo* o de un *quiste* que en la *sin hueso* tenía. Y estira al cabo la pata. Y tu costilla berrea. Y a ti aquella serenata que en verdad es una *lata*, te suena a la melopea más melodiosa y más grata que desde el Cabo de Gata al de Ortegá se solfea. Mas de súbito ¡hay que ver! Suelta un grito de placer tu mujer; y es que su madre se hallaba sólo muerta al parecer; pues cataléptica estaba y que en la *chambre a manger* entra cantando la *Java* y pidiendo de comer. Y entonces tú, con la ira en el semblante pintada, a tu esposa, que te mira, unas miasas asustada, le dices: "¡Todo es mentira!" ¡Nada es cierto! ¡Nada! ¡Nada! Y sales hecho una fiera porque aquel techo te agobia. Y lanzando una postrera mirada a aquella pantera que ha dado a luz a tu ex novia, llegas en loca carrera al viaducto, cual si diera cuerda a tus pies tu hidrofobia... ¡Y hallas la verdad primera de tu vida *pajolera*, dejándote la mollera en el borde de una acera de la calle de Segovia!

JAVIER DE BURGOS

Madrid, mayo 130.



—Ese anillo que lleva tu mujer colgando, no se lo debía de poner; ya no están de moda.
 —Eso la digo yo. Pero no se lo quita, porque se le ha puesto en las narices...

Dib. SAMA.—Congo belga.

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLON SI Y EL OTRO TAMBIEN

Los que tengáis dolor de estómago, marchad inmediatamente a la consulta del doctor Lariburu.

No lo cura, pero lo siente tanto como el enfermo, y esto es un consuelo para el paciente. A veces, llora y todo; y entonces es el paciente el que le tiene que consolar a él.

(Consulta, dos pesetas. ¿Quién, por ocho reales, no quiere conocer este ejemplo tiernísimo de fraternidad humana?

Además, es oficina de gran porvenir para las mujeres estudiosas, pues se ha dado el caso de varias que han contraído matrimonio con los jefes técnicos; es decir, que han entrado de peritas y han acabado en medias naranjas.

Dirigid las solicitudes a Limón, 63.

Moralidad absoluta en los informes, pues no admitiremos ninguna perita que tenga algún pero.

Se alquila un quiosco de necesidad en la plaza de Lavapiés.

Negocio formidable; y ganancia, no digamos que limón, pero ganancia al fin y muy cuantiosa.

Aunque el quiosco se alquila, no le hemos puesto papeles, porque se corría peligro de que entrase algún guasón y se le ocurriera utilizarlos para el fin oportuno.

¡GASTRÓNOMOS!

ACABA DE APARECER EN LAS LIBRE-
RIAS EL MEJOR LIBRO DE COCINA DEL
MUNDO, ESCRITO POR EL PRÍNCIPE DE
GUISA Y TRADUCIDO POR LOS SEÑORES
COMES Y TRAGÓ.

Contiene una interesante colección
de recetas culinarias para elaborar
toda clase de platos hasta el número
de doce mil.

Destacan las recetas siguientes:
"consommés" y purés a la francesa;
tortillas y embutidos a la alemana;
dulces y "plumcakes" a la inglesa;
perdices a la turca; callos, caracoles,
judías y estofados a la madrileña;
gallos a la valenciana, y pollos a la
castellana... y al Paseo de Recoletos.

ESTE HERMOSO LIBRO DE COCINA
ESTÁ EDITADO CON TODO LUJO.

TIENE FILETES DORADOS, RÍQUISI-
MO LOMO Y ESTUPENDAS PASTAS. ES
DECIR, QUE HASTA EN LA ENCADER-
NACIÓN SE VÉ QUE ES UN LIBRO DE
COCINA Y QUE NO PUEDE SER OTRA
COSA.

¡LÉANLO LOS INAPETENTES!
¡EL QUE SE META ESTE LI-
BRO ENTRE PECHO Y ESPAL-
DA, ENGORDA! ¡LA CIENCIA
LO RECONOCE!

PRECIO DEL TOMO: 6 PESETAS (SIN
VINO).

Vendo partida carbones, cuatro mil
toneladas, procedentes fábrica del gas
de Tien-Tsin (China). ¡Probad el mejor
cok chino que se conoce!

Se advierte que, como es cok chino,
ensucia bastante las manos; pero es in-
superable para las cocinas económicas.

Pedid precio a Jacobo la Cerda, Arro-
yo del Puerco, por telégrafo.

Hacen falta dos muchachas mecanó-
grafas, peritas en correspondencia, para
oficina de exportación de frutas. Aunque
parezca raro que un exportador de fru-
tas necesite dos peritas, las pagará muy
bien.

Aplicación económica de los rayos X,
para toda clase de enfermedades indi-
cadas.

Podemos jurar que la curación es se-
gura, y lo juramos enérgicamente.

Calle de Prim, 90, doctor Centellas.

Esto de rayos y Centellas, seguido de
un juramento, parece que da a entender
que va a haber bronca, pero no hay cui-
dado. Pueden ustedes ir completamente
tranquillos.

Pagaré prima al que me facilite un
cuarto en una quinta, a ser posible se-
gundo y sin intervención de tercero.

No crean que esto es una charada,
porque es una cosa muy seria.

Dos de Mayo, 2, de 3 a 6.

¡Labradores! ¡Ganaderos!

¡Horticultores! ¡Jardineros!

¡Colosales inventos para aumentar
vuestros negocios y agigantar vues-
tras ganancias!

Procedimiento infalible para criar
cerdos que produzcan espontáneamen-
te el jamón en dulce, inoculándoles
la diabetes.

Método segurísimo para que las ga-
llinas pongan huevos aunque no ten-
gan gana, que consiste en comprar
unas cuantas docenas y ponerlos us-
tedes por todos los rincones, al ver
lo cual las gallinas, para no ser me-
nos, los ponen también.

Sistema novísimo para abonar las
tierras con guano y para no abo-
narlas nunca con dinero, por aquello
de que la tierra es del que la cultiva.

Cria de la paloma e higiene del pa-
lomino, etc., etc.

¡PEDID HOY MISMO NUESTRO FOLLETO!
SOCIEDAD MUTUAL-AGRÍCOLA GÓMEZ

Huertas, 80; antes Huertas, 4; y
antes ninguna huerta, lo que explica
el crecimiento de nuestra importancia
en menos de un año.

Estupenda liquidación

Por final de negocio realizamos a
ínfimos precios las últimas novedades
del presente año en rosquillas del
Santo.

TENEMOS "TONTAS", QUE SON DE
UNA ESTUPIDEZ INDECOROSA; Y "LI-
STAS" QUE HAY QUE TENER MUCHO CUI-
DADO CON ELLAS, PORQUE SABEN DE-
MASIADO.

HAY QUE ADVERTIR QUE LAS TON-
TAS TAMBIÉN SABEN, PERO SABEN MU-
CHO PEOR QUE LAS LISTAS.

Las listas las vendemos con baño.
Las tontas, como no tienen baño,
son algo más baratas. Ocurre igual
que con los pisos desalquilados.

Nuestras rosquillas son duras, pero
de magnífico resultado.

Vendemos también, a mitad de pre-
cio, el sobrante de existencias del año
pasado, confiando en el gusto del com-
prador, porque el que está a las du-
ras, está a las más duras...

IMPORTANTE REGALO

Cada cien rosquillas dan derecho a
un "ticket" con el cual puede gratui-
tamente sacarse las muelas el com-
prador, caso de que le quede alguna
después de ingerir el delicioso manjar.

Vendo un retrato de Guerrita hecho
al minuto. Parece raro que habiéndoselo
hecho al minuto haya salido Guerrita
en la fotografía, pero así es.—Veróni-
ca, 72.

Se desea saber el paradero de Mel-
quiades Alvarez. Hace dos meses que no
habla, y esto me escama.—Pez, 89.

Agente Anunciador:
ERNESTO POLO

¡AQUELLA MUJER!...

¡La conocí en aquella primavera!...; ¡en aquella la tuve por primera vez en mis brazos!...

¿Fué en mayo?... ¿Fué en junio?... Da igual... Fué en primavera... Sí; ¡primavera!...; ¡qué estación!...; ¡la estación de las delicias!...; ¡la juventud del año!... Los días son más largos y las noches más cortas...; los días y las noches están siempre en la misma relación que el corpiño y las faldas de las damas: si las faldas tapan más, el corpiño tapa menos... Si las piernas desaparecen, aparece la espalda o el estómago; si el vestido sube al cuello, las columnas del edificio quedan entonces al aire; columnas, capitel y buena parte del friso... En aquella primavera los días eran más largos, las noches más cortas; los escotes eran más largos, las faldas más cortas...

Todo sonreía, todo... El sol algunas veces, asomaba su faz entre las nubes; pero poco... Llovía casi siempre... La tierra bebía con avidez aquel agua bendita... "Esta lluvia es una bendición para los campos"... decían en la ciudad. Y nosotros nos llenábamos de barro y de beatitud inefable, pensando en lo mucho que irían a ganar los propietarios de tierras.

Alegrarse con el bien de los demás hinche siempre de bienaventuranza el alma propia. Nosotros nos hinchábamos al pensar lo que se hincharían el trigo y el propietario con aquel agua benéfica, que corría sobre el asfalto y sobre el pavimento hecho zanjas y entregado en aquella primavera a la pavimentación permanente.

Cuando el sol aparecía, el suelo hervía; y la humanidad se cocía. Y cuando el sol se ponía, se ponía uno el gabán o cogía una pleuresía...

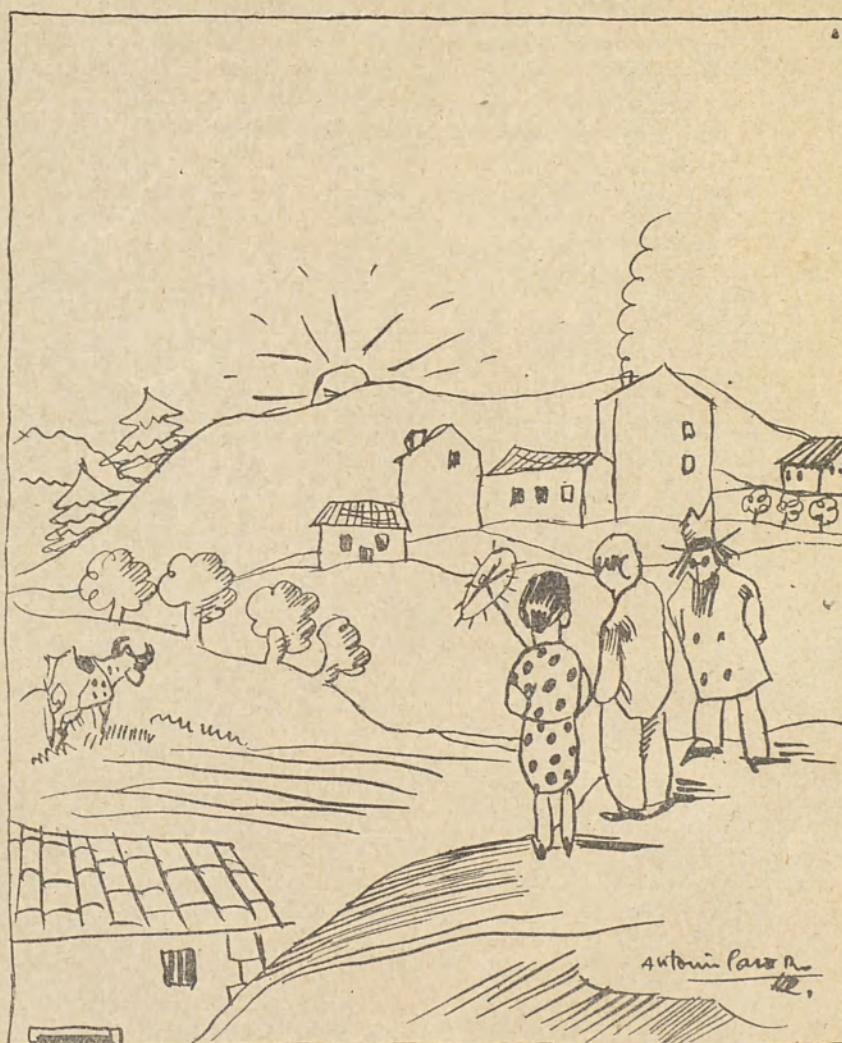
Estaban muy de moda en aquella primavera las bronco-pneumonias. Era el pneumococo bronquial un microbio nuevo, que había tenido gran aceptación en los meses primaverales.

El Retiro se había llenado de rosas y de perros. Son los dos productos naturales que da la primavera en el Retiro. La Exposición canina era admirable; ladraban todos los perros a la vez en un

"jazz" alegre y movido. La Rosaleda estaba en aquel año preciosa de verdad. La Rosaleda era una cupletista que había llevado al Retiro no sabemos qué teniente alcalde. Como desafinar desafinaba, porque de canto andaba mal; pero de frente: de frente y por detrás era algo serio; y como el teniente alcalde, por aquello de ser teniente, no la oía, y fuera del sentido del oído, la Rosaleda estaba que

quitaba el sentido, una vez quitado ése, el del oído, quedaba la Rosaleda indicada para el distrito aquel, que era el de Buenavista.

Soplaba en aquel mes primaveral un aire frío tremendo... Los cafés tenían ya abiertas, de par en par, sus grandes ventanales, para dejar entrar la primavera; y entraba en forma de viento; entraba por un ventanal, saliendo por el otro y



—Es un nacimiento, un verdadero nacimiento...

El profesor (distráido).—Muy bien, muy bien, ¿y cuándo es el bautizo?

Dib. CASERO.—Madrid.

estableciendo una corriente, unas veces alterna, otras continua, que nos hacía estornudar muchas veces.

A nosotros el estornudo nos encanta. Despeja la cabeza y descarga el organismo.

Por las calles pasaban muchedumbres cantando al mes de las flores: era una comisión del Centro de hijos de Madrid, que se había echado a la calle para hacer a la primavera el homenaje oportuno.

Todo nos sonreía en aquel inolvidable mes de mayo... En parte de abril, en mayo y hasta en principios de junio... Todo nos sonreía en el trimestre... Nos sonreía a las veces y nos reía a las otras; a las otras veces... Nosotros, claro es, devolvíamos también a todo las sonrisas... Sonreíamos a todo; y le reíamos a todo... Repartíamos "jajás" a diestro y siniestro... Pero no; no, no; a siniestro, no; no, no; porque siniestro no había en aquella primavera, nada, nada... Todo era diestro; y precioso...

Nos faltaba, sin embargo, una mujer...

Nosotros pensábamos en esto con cierta melancolía...

Una voz humana hablaba a nuestro lado:

Era una señora de Clases Pasivas... Completamente pasivas... ¡a su edad!...

—¿Ha visto usted qué tiempo?

Otra voz respondió a mi lado, al otro lado:

—Impropio de la estación...

A los cinco minutos de aquello hablábamos todos, hermanos, fraternizando en aquella comunión de la primavera naciente... ¡Qué hermosa era la vida!... Hablábamos todos juntos—parroquianos, parroquianas, camarero, limpia, cerillero—como si fuéramos todos familiares y todos estábamos conformes en considerar:

1.º Que aquel tiempo era impropio de la estación primaveral.

2.º Que aquel tiempo impropio era el propio de la primavera madrileña.

3.º Que el que resiste el clima de Madrid resiste cualquier clima.

4.º Que luego pasaríamos sin transición del frío al calor.

5.º Que todo aquello no tenía más remedio que ocurrir, dados los gobiernos que tenemos.

6.º Que, en cambio, en el otoño en Madrid suele haber una temperatura deliciosa, impropia de la estación.

Daba gloria verse de aquella manera

tan de acuerdo por completo con nuestros semejantes y amigos.

Pero ¡ay! nos faltaba—decíamos nosotros, en aria desolada de nostalgia—una mujer... ¡una mujer!

Y en esto entró una mujer... ¡Lectores, qué mujer!..., ¡qué preciosidad, lectores!..., ¡un encanto!..., ¡un sueño de criatura!... de las que quitan el sueño... ocn el sueño de ellas, basta. Rubia, ojos azules, tostadita por el sol, cara de inocencia y de picardía al mismo tiempo, cariñosa y angelical, pero traviesa y salada; con unos hoyitos al reír que eran una monería. La carne que se le veía—y se le veía bastante—era un encanto: qué brazos, qué escote, qué piernas, qué manera natural, descarada e inocente al mismo tiempo, de mirar y de hablar y sonreír.

Todos los del café, porque era en un café, se soliviantaron al verla... Todos la miraban, todos la sonreían, todos querían llamarle la atención y hacer que se fijara en ellos.

Pero se fijó en mí; sólo en mí.

Yo le dije; no pude contenerme:

—Preciosa, encanto, linda, ¡ven acá!...

Y entonces, ¡ocurrió aquello!...

Ocurrió que vino a mí; que me miró; que nos quedamos mirándonos los dos como si ya nos conociéramos de toda la vida; como si ella me esperase a mí lo mismo que yo a ella; y que sin decirnos nada, sin más explicación, seguros el uno del otro, abrí los brazos yo, abrí los brazos ella, cerré los ojos yo, cerró los ojos ella, y nos abrazamos los dos, las caras juntas...

Nadie protestó en el café; por el contrario: miraban complacidos aquella escena de amor...

Yo la senté en mis rodillas, seguí dándole besos y ella siguió haciéndome caricias y dándome besitos y mirándome, hasta que le dijo su mamá:

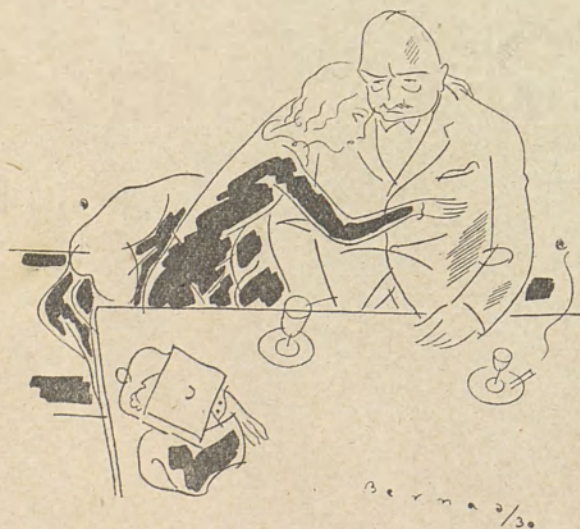
—Bueno, nena, vámanos; dile adiós a este señor, que ya se nos hace tarde...

Y se fueron...

Se llamaba Lili..., tenía cuatro años... Era en primavera, en mayo... Mayo o primeros de junio... ¡No he vuelto a verla más!... ¡Era preciosa!...

El.—¿Pero no has notado que yo tengo un corazón muy grande?

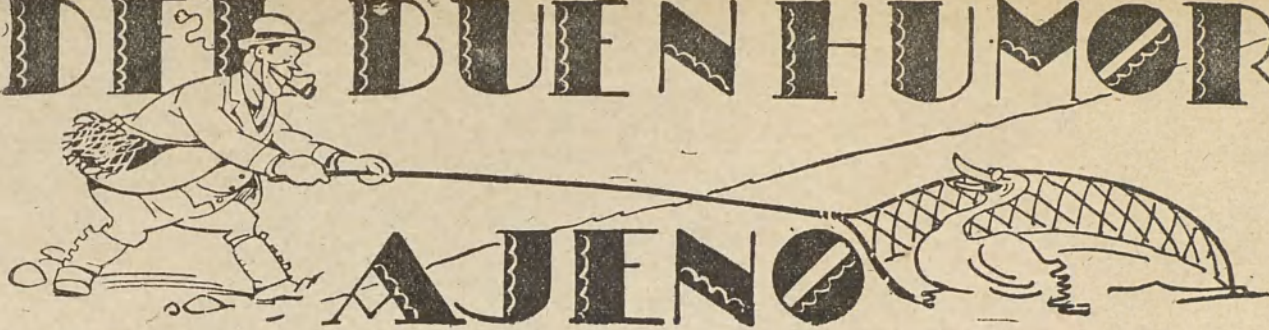
Ella.—¡Ay!, qué lástima; yo creí que era la cartera.



Dib. BERNAD.—París.

MANUEL ABRIL

DEL BUEN HUMOR



LOS VEINTIÚN BAÑOS DEL SEÑOR COURBEVOIS Por EDOUARD OSMONT

—Su caso—dijo el médico—no tiene nada de particular. No hace usted ejercicio, no toma el aire... Váyase a un puerto de mar. Unos baños le sentarán perfectamente.

—¡Pero, doctor..., a mis años!...

—A sus años se le quitará ese malestar que siente ahora. Tome usted veintiún baños, que es la cifra clásica.

Cuando la señora de Courbevois supo la prescripción del médico se desató en denueros contra la terapéutica moderna. La razón de ello era el temor a desequilibrar el presupuesto, cuyo equilibrio le costaba a la excelente señora no pocos desvelos. Una estancia de veintitantos días en un puerto de mar suponía mermar el capital en una cantidad nada despreciable.

Pero ante la insistencia del médico no hubo más remedio que partir. Los preparativos motivaron mil escenas penosas. La compra de cada objeto fué una batalla. El viaje fué para el señor Courbevois un verdadero suplicio.

El primer baño del señor Courbevois fué algo épico. No estaba acostumbrado al agua fría, y en cuanto ésta le llegó a las rodillas sintió una impresión muy desagradable. Pensó retroceder y dar por terminado su primer baño; pero la presencia de su mujer le contuvo. Siguió avanzando lentamente; pero cuando una ola le alcanzó en el estómago, salió rápidamente del agua.

Pero la señora de Courbevois vigilaba en la orilla. ¿Iban a tirar así el dinero? ¿No había ordenado el médico baños fríos? ¡Pues al agua, aunque estuviese helada!

—¡Adentro en seguida, hasta que pase un buen rato!—dijo furiosa a su marido.

—¡Pero, por ser la primera vez, hjita!...

—¡He dicho que adentro!

Era inútil toda resistencia. El pobre Courbevois lo sabía por experiencia, y se lanzó de nuevo al agua.

Un cuarto de hora largo duró su martirio. Salió tiritando. Su mujer le friccionó vigorosamente hasta hacerle entrar en reacción. Mientras se entregaba a esta faena, la señora de Courbevois parecía preocupada. De repente dijo:

—Dime. Como nos queda más de una hora para el almuerzo, ¿no podías tomar el segundo baño? Tienes tiempo de sobra.

—¡Tomar un segundo baño!—contestó Courbevois asustado.

—Sí... Tienes tiempo. Así no tienes que tomar más que diez y nueve, y eso llevamos ganado.

—No. ¡Basta por hoy!

—Repara en que pagamos treinta francos diarios de hotel. Cuanto más de prisa vayamos, nos podremos marchar más pronto de aquí.

—Me es igual. Yo no tomo otro baño. Está muy fría el agua.

—Harás lo que yo te mando. No es cosa de derrochar el dinero inútilmente.

Courbevois tuvo que resignarse y tomar el segundo baño.

—¿Ves cómo no te has muerto?

—Es extraño cómo se acostumbra uno a todo. Ahora me ha parecido el agua menos fría que antes.

—Ya te lo decía yo.

Y pensando siempre en la economía se aventuró a añadir:

—Como quieras; podías tomar el tercero.

—¡Oh!

—Ya que has empezado puedes seguir.

—¿Crees?

—Naturalmente.

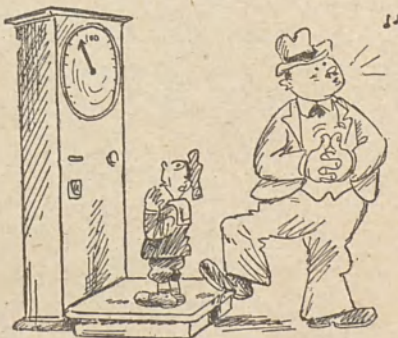
Courbevois, ya entrenado, no se atrevió a negarse.

Después del tercer baño, su mujer le obligó a tomar el cuarto, el quinto..., y así sucesivamente. Entraba en el agua, estaba diez minutos, salía, se secaba, respiraba un poco y volvía a internarse mar adentro. Así estuvo todo el día. Al anochecer, los últimos paseantes pudieron ver en la playa a un hombre grueso que se bañaba mientras su mujer lo animaba desde la orilla. Era el señor Courbevois, que tomaba su vigésimo baño.

Al día siguiente el tratamiento estaba terminado y el matrimonio regresaba a la capital.

Pero de su temporada veraniega Courbevois no ha sacado ningún beneficio. Siguen sus molestias, agravadas con frecuentes dolores de reuma articular.

La señora de Courbevois no deja de recriminar a su esposo. Teme que el año próximo haya que renovar el tratamiento.



El padre que desea que su niño sea robusto.

(De *Sondagsnisse-Srtrix*.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

El padre.—Eres un mal educado, Juanito; sólo quedan dos manzanas, y coges la más grande.

Juanito.—¿Pero no eres tú el padre?

—¡Claro!

—Pues yo elijo.

Juan Etudo (Madrid).

¡Cosas de la vida!

—Es que cada uno tenemos nuestro sino, don Olegario.

—No cabe duda. Ya ve usted ese pobre muchacho: nació para el arte, se educó para el teatro, todos decían que tenía su porvenir en las tablas y ahí le tiene usted de carpintero.

J. S. del Molino (Madrid).

El colmo de un carnicero:

Vender carne de ballena, huesos de santo, lomo de li-

ALBERTO

Pulseras de pedida.
7, CARRETAS, 7

bro, manteca de cacao y tocino del cielo.

Enriqueta Fernández (Cádiz).

En un almacén de comestibles:

Un niño.—Déme usted dos reales de azúcar.

Un dependiente.—¿Cómo la quieres, molida o en terrones?

El niño.—Déme la usted mo-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Durante la condena no tiene usted otro remedio que trabajar en su oficio.

—No es posible, señor juez.

—¿Por qué?

—Porque mi oficio es el de aviador.

C. Moreira (Marín).



El novio, nervioso.—Mira, tu padre viene, ¿qué me dirá?

La novia.—No sé. Siempre me encierra antes en estos casos.

(De London Opinion.)

lida, que bastante tiene mi madre con molerme a mí.

El dependiente.—¿...?

El niño.—Es que me la voy a comer por el camino!...

Manuel Manzano Fernández (Cádiz).

Escena cinematográfica:

El director. — Usted avanza con paso firme hacia la vampiresa y le clava el puñal por la espalda.

El actor (con risa siniestra).—Tenga usted la completa seguridad de que haré ese papel a la perfección.

A poco de salir el actor del estudio, entra una señora toda descompuesta, y dice:

—¡Señor director, búsqueme usted la interpretación de otro asunto! ¡Yo soy quien

Casa de las Pantallas

La de gusto más exquisito

Modelos desde 2,50 pesetas

ROMERO — Fuencarral, 63

tiene que hacer la vampiresa, y soy la suegra del que me tiene que clavar el puñal!...

M. Téllez Mora (Málaga).

Dos estudiantes, de estos a la moderna, que de toros discuten en la taberna, que parecen ministros, duques, marqueses, y en la pensión adeudan ya un par de meses, iban, a semejanza de los toreros, en la boca exhibiendo grandes vegueros,

discutiendo un asunto de trascendencia: aquél prefiere el arte y éste la ciencia... —Quédate con tu ciencia; yo, por mi parte, ante todo—dice uno— prefiero el arte. —Pues si quieres "hel-arte" deja la Corte, y te vas a Siberia o al Polo Norte.

Feliciana de la Torre Orduña (Vizcaya).

Tres amigos hablan sobre lo que cada uno elegiría para ser el hombre más rico del mundo.

Dice el primero:

—Yo me conformaría con todo el dinero que hay depositado en los Bancos de los Estados Unidos.

Y dice el segundo:

—Pues a mí me bastaría con que se convirtieran en brillantes y esmeraldas todos los adoquines con que tropiezo cuando me voy a mi casa.

Y entonces dice el tercero:

—Pues yo tendría suficiente con que os muriérais los dos y me nombráseis heredero universal.

Fermin Prior (Bilbao).

—Niño, ¿eres botones?

—No, señor; es que como tengo un pie malo, por eso ando tan despacio.

J. Parreño (Gijón).

El colmo de un guardia de la porra:

Parar la circulación de la sangre.

Una madrileña.

A la puerta del teatro:

Ella.—¿Pero qué dices, que has sacado entrada general? ¡Y tienes valor de invitarme así!

El. — ¡Claro, amor mío! ¿Dónde podemos estar mejor que en el Paraíso?...

Manuel García (Gijón).

—¿Qué postre es el que el hombre lleva siempre consigo?

—La nuez.

—¿Y cual es el juguete del que nadie puede separarse?

—La muñeca.

José Pérez.



La mujer prehistórica.—¡Oh, cómo me gusta esa piel!; anda, querido, con media vara tengo bastante.

(De London Opinion.)

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas. FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

Examen de Física.

El profesor.—Vamos a ver...

¿Qué es un termómetro?

El alumno.—Pues un termómetro es... un... tubo largo... con un agujero...

El profesor.—¡No, hombre, no! ¡Con un agujero, no! ¡Fíjese bien!

El alumno.—¡Ah, sí, señor! ¡Con dos; con dos agujeros!...

El profesor.—¡Que no, hombre, que no!

El alumno.—¡Ah, ya caigo! ¡Con tres!...

El profesor.—¡Mire, vamos a dejarlo! ¡Usted lo que está

describiendo es una flauta, a ver si suena por casualidad!...

Paddocke (La Coruña).

La mujer (al ver a su marido, que entra en casa hecho una sopa).—Pero, Enrique, por Dios, ¿dónde has dejado el paraguas?

El marido.—Se me olvidó en la oficina.

—¿Y cuándo te diste cuenta?

—¡Cuando lo fui a cerrar!...

Florencio Preciados. (Torrelavega).

—¡Oiga, suba usted!—gritaba una señora desde un tercer piso a un quincallero ambulante.

Sube el hombre con la mercancía y le dice la señora:

—No tendría usted una cajita de cartón vacía para mi niño, que está llorando?

Juan Carrasco (Sevilla).

Un marido se burla de la manera de vestir de las mujeres.

La esposa.—¿Qué sabes tú de los trajes de las mujeres?

El marido.—Sé lo principal: el precio.

Un principante (Vigo).

CANA

INVENTO MARAVILLOSO

Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 445 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



C. F. del P. (Albacete).—No sabemos ni una sustanciosa palabra de esas de "Gotas de limón", a que usted nos alude en una dilatada monserga epistolar recibida recientemente. Y podemos (si no jurar, porque jurar es feo y algo fatigoso), por lo menos asegurar más formalmente y más en serio que un verdugo en funciones, que las susodichas y refrescantes confituras literarias no han pasado por nuestras blancas manos.

Luis Arvese (Bilbao).

El cuento de Luis Arvese es para gritarle: ¡¡A ése!!...

Para camisas a la medida

Madrid-Viena
M. PEÑA

Montera, 41.—Tel. 16662

Facundo (Madrid).

Es el cuento de Facundo muy largo y bastante inundo.

S. N. P. (Oviedo).

¡Puen anda que lo de éste!
¡Qué olor! ¡Qué asco! ¡Qué [peste!

B. S. A. (Avila).—Por cualquier lado que se le mire, es usted un borrico de esos que no pueden pasar ni en una feria humildísima.

L. T. (Valencia).—Si nos enviase usted otra cosilla un poco más graciosa que la que nos ha mandado, no haría usted ninguna tontería. ¿Qué le parece a usted?

Moro (Huesca).—El pie de su dibujo no tiene absolutamente ninguna gracia. Pero no

se apure usted; tampoco la tiene Chicote y se ha hecho rico.

E. R. C. (Cádiz).—Es para partírla a usted las costillas y no arrepentirse nunca de la brutalidad cometida.

Calero (Madrid).

Muy corto y muy flojo, amigo Calero.
Así es que lo cojo y al cesto lo adhiero.

G. M. D. (Pamplona).—Tendremos el sumo y pontífice gusto de aprovechar dos de los varios que mandó.

P. P. F. (Cuenca).—¡Es usted un animal completamente bellotístico!

A. S. H. (Madrid).—De cabeza al cesto, sí, señor. Tenía usted razón al presumir que iba a suceder esa tontería.

Pirro (Barcelona).—Publicaremos uno de los tres.

Manolo (El Escorial).—No publicaremos ninguno de los siete.

Compadre. Madrid.

Aunque el pecho te taladre, vas a "Cestona", Compadre.

Díez (Segovia).—¡¡Rediez, qué bruto es Díez!!

P. D. M. (Sevilla).—Tiene usted menos gracia y menos oportunidad que la cuenta de un sastre impaciente.

El rubio (Madrid).—¡Para ver tu firma en las columnas de BUEN HUMOR, te vas a ver negro, amigo rubio!

P. R. V. (Alicante).

Es tan tremenda su crónica como la peste bubónica.

H. L. B. (Teruel).—Su cuento "La toalla" es una estupi-

dez como una sábana de grande.

Antoñuelo (Orense).

Eso, mi buen Antoñuelo, es un solemne buñuelo.

N. G. (Málaga).—Es una pena, pero no vale. O no vale la pena, que es lo mismo.

C. B. P. (Madrid).—Nos interesa menos que el final que pueda tener para la dulce Inglaterra la guerra intestinal de la amarguísima India.

R. D. L. (Zaragoza).—Es solito y bastante cortito; y un hombre que gasta tarjetas tan elegantes como las que usted usa está obligado a hacer algo más trascendental y escandaloso.

B. G. Q. (Madrid).—Lamentamos no poderle complacer, pero los dibujillos no encajan todo lo que quisiéramos en lo exigido en nuestro semanario a los nobles espontáneos que nos favorecen.

Valentín (Almería).

Sus "monitos", Valentín, han tenido un triste fin.

Fechu (Lugo).

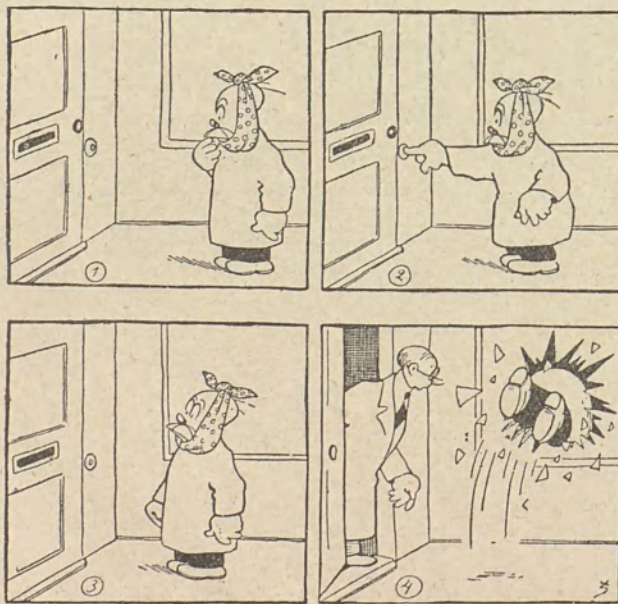
Lo que nos envía Fechu está bastante mal "hechu".

E. cardo Estrademón de Compostela (Villafranca del Bierzo).—No sirve.

Fuentes (Madrid).

Los cuatro cuentos de Fuentes [tes no nos parecen decentes.

Alberto (Cádiz).—No podemos compartir las teorías de su artículo, y mucho menos las contundentes y estrepitosas faltas de ortografía que lo esmaltan exageradamente.



El enfermo que encontró al dentista en su casa.

(De Sondagsnisse-Srtrix.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¡Desagradecido, ingrato!... ¿Has pensado alguna vez qué sería de ti sin mí?
—No; pero me has dado una idea. Vamos a probar a ver qué pasa.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid